

Harnecker y con la colaboración de Gabriela Uribe, ambas militantes del Partido Socialista.

Según la declaración de su autora, la misma que nos ofreció hace algunos años **Los conceptos elementales del materialismo histórico** (2), que fue devorado por mucho rojete ibérico, los **Cuadernos de Educación Popular** son un esfuerzo pedagógico para elevar el nivel de conciencia de los trabajadores y capacitarlos para enfrentar las nuevas tareas. Es, por tanto, un instrumento para que se eduquen y eleven su nivel de conciencia haciendo

(2) Siglo XXI una treintena de ediciones en América y España.

suya la intención de Marx de que la filosofía —y esto puede ser aplicado a otras concepciones teóricas— no es interpretar el mundo, sino transformarlo.

No cabe duda de que los **Cuadernos de Educación Popular** son un acierto de acuerdo con esas pretensiones, y por eso han sido reeditados en numerosos países, incluso en España. Ediciones La Torre hizo el año pasado una edición anterior a la actual de Akal que originó una polémica con Harnecker. Lo que ya puede ser más discutible es si aceptamos o no sus concepciones y conclusiones. Pero eso ya es cuestión de puntos de vista. Más criticable es

el que contra lo que se manifiesta ser una edición "universitaria", se usan ejemplos y hasta terminología chilena —la parte dedicada a la estructura social es puramente chilena— que suponen un leve grado de alejamiento en el fin de dirigirlo a trabajadores de otras realidades. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

¿Nuclear? No, gracias

EL 8 de diciembre de 1953, Eisenhower declaraba en la ONU: "Los Estados Unidos están convencidos de que la utilización

de la energía nuclear no es algo que haya que dejarse para el futuro. Los presupuestos científicos probados existen aquí y ahora. ¿Quién puede dudar de que ese potencial intelectual podría inmediatamente ponerse al servicio del mundo entero si los físicos e ingenieros dispusieran de una cantidad suficiente de materias fisionables para experimentar y desarrollar sus ideas? Para hacer que llegue pronto ese día, en que los pueblos y los gobiernos del Este y del Oeste comenzarán a olvidar su miedo al átomo, son necesarias determinadas medidas, y es posible tomarlas ya desde ahora". Y así, entre razonables palabras y tácticos gestos, se ponía en marcha la "proliferación" de la energía atómica. Una dinámica, en definitiva, inseparable de la lógica interna del modelo económico industrial desarrollista, condenado a canibalizarse por el agotamiento de las fuentes de energía natural. Pero no importa. Los "átomos para la paz", afirman con alegría los estados mayores de la administración y la industria, nos resolverán este latoso problema. Para el año 2000, nos aseguran sosegada y dulcemente esos estados mayores, la implantación de sobregeneradores independizará al mundo de las fuentes energéticas naturales. Estupendo. Estupendo, claro, si los átomos para la paz fueran sustancialmente distintos a los átomos para la guerra. Pero, ay, no parece que así sea. Y para el año 2000, también para el año 2000, habrá en el mundo suficiente material explosible para 1,1 millón de bombas. 1,1 millón de bombas de diferentes calibres, que podrán repartirse gozosamente por toda la superficie de la Tierra. En la hipótesis, por supuesto, de que no hayamos volado todos antes. O, en el mejor de los casos, de que los residuos de las centrales que van a solucionar nuestros problemas no hayan convertido ya al planeta en un desierto más ancho y ajeno que nunca.

Tal es la posibilidad que la civilización nuclear nos brinda. Hacer tomar conciencia de semejante realidad, extender y profundizar esa toma de conciencia, es el objetivo último del libro del físico austriaco Robert Jungk. Por eso, **El Estado nuclear** (1) no

ADIÓS A LAS LETRAS

Adiós y hola

LO logró. Ricardo de la Cierva lo logró. Yo siempre me lo imaginé ahí y no anunciando fascículos. La misma noche en que se anunció su nombramiento, él apareció en televisión haciendo publicidad de su historia. Televisión va a ser una de sus responsabilidades.

¿Cuántas veces no se habrá recordado a lo largo de la última semana aquel famoso artículo de Ricardo de la Cierva titulado *Qué error, qué inmenso error*, referido al nombramiento de Adolfo Suárez como sucesor de Arias Navarro en la jefatura del Gobierno! Adolfo Suárez es como un prestidigitador circular, que hace que la gente gire tanto sobre sí misma hasta que termina mereciendo los mismos calificativos que él. El error del nombramiento de Suárez es ahora equiparable al error cometido por éste con Ricardo de la Cierva. Veremos si este último comete errores tan brillantes como su actual presidente de Gabinete.

Siempre me lo imaginé de ministro de Cultura, porque la suya es casta de ministros e inventores. Uno tiene de la gente la imagen que la gente misma se fabrica. Siempre quiso ser ministro de la cosa, de modo que uno lo adivinó ahí, aunque no tan flaco. Tiene más suerte que Clavero, eso está claro. Su antecesor no adelgazaba ni practicando el tenis. Ricardo de la Cierva adelgaza con cualquier cosa, hasta con el nuevo régimen que él mismo se ha prescrito. A algunos políticos les sienta bien cualquier régimen, y Ricardo de la Cierva es obviamente uno de ellos; no tiene dificultades para adaptar su metabolismo a las necesidades de su carrera vital.

Ha hecho todo lo posible para no adelgazar, sin embargo, y ahora no va a tener dificultades para cumplir ese deseo subliminal. En la cultura española se come mucho, por eso se produce poco. Podría ser como un ministro del siglo XIX. A mí también me da la impresión de que este ilustre biógrafo de Franco podría ser un activísimo ejecutivo de su área, como un ministro de Obras Públicas del antiguo régimen o como un titular de Fo-

mento de aquel siglo de las luces y las colonias. Y para ser cualquiera de esas dos cosas tendrá que ganar algunos de los kilos perdidos.

Este no es un país afortunado. Cambian los ministros de Cultura a pesar de cómo lo hayan hecho en el trabajo. En el caso de Clavero Arévalo, fue fulminado —se fulminó a sí mismo; los andaluces aprendieron de los drabes la capacidad de suicidio por una causa— por lo que quiso que fuera la política de las autonomías. A lo mejor un día echan a Ricardo de la Cierva por lo que haga en los fascículos. Da igual cómo se trate al patrimonio, a Picasso, al cine o al teatro. Lo que importa es lo que puedan hacer los ministros de Cultura en el campo de las relaciones con sus jefes. Y en este campo, a pesar de su inicial error, Ricardo de la Cierva debe saber mucho más que quien le dio el relevo. ■ SILVESTRE CODAC.



Ricardo de la Cierva.

(1) Robert Jungk. Editorial Ariel.

es un discurso, ni una teoría, ni un análisis: es un grito. Un grito que denuncia, condena, desvela, informa y avisa. Un grito capaz de poner la carne de gallina, sí, pero capaz también de movillar las conciencias no sólo contra algo, sino también por algo. Por una nueva Internacional que represente "los derechos a la multiplicidad, a la creatividad y a la belleza". Por la libertad, la solidaridad y la comunidad. Un libro, por tanto, escrito con pasión y emoción, cordial talante. Pero pasión y emoción no están aquí, como en ningún escrito ecologista, reñidas con la razón. Por el contrario, como ha escrito muy justamente Manuel Sacristán (2),

el sentimiento con que los grupos ecologistas defienden la verdad es más racional que la tibieza con que los "razonables" y los "realistas" propugnan lo falso. Su cólera no empaña la verdad, sino que, al revés, clarifica y desvela las múltiples dimensiones y diversos rostros del horror nuclear. Por primera vez, un horror que gravita en el colectivo total de ciudadanos. Pues se ha producido, con la fisión nuclear, un salto cualitativo en la violencia:

(2) Refiriéndose a los publicistas que rechazan en sus artículos editoriales la "pasión y la emoción" de los grupos ecologistas y antinucleares. "Mientras tanto", Comunicación a las Jornadas de Ecología y Política.

de la violencia contra enemigos militares a la violencia contra los propios ciudadanos. Un horror, en fin, que puede perdurar durante décadas, siglos e incluso milenios. Que no sólo destruye el presente, sino que hipoteca el futuro.

Por lo demás, y por si esto no bastara, el Estado nuclear está fatalmente abocado, cada vez más, a coartar las libertades. La escalada nuclear lleva consigo el estado nuclear totalitario. El factor plu (plutonio) "sería la más decisiva legitimación de las ya existentes medidas de vigilancia de las comisiones y las instancias estatales". No sólo es el ambiente lo que se envenena: también el



Central nuclear de Zorita.

clima ciudadano. Porque un país que escoge el camino de la industria nuclear está condenado a convertirse en un "Estado fuerte". Sucede, pues, que la cuestión atómica va más allá de sus presupuestos de partida. Porque el debate no sólo se relaciona con la forma del futuro abastecimiento energético, sino también con la forma del futuro dominio político. De ahí la importancia del movimiento ecológico. La ruptura del sistema en plaza, de producirse, y si todavía es posible hurtar al mundo el destino de estercolero al que aceleradamente se encamina, pasa por ese meridiano. La política revolucionaria del futuro o se amasa ahí o deja de ser tal para continuar siendo aquello en que hoy se ha convertido: patético anacronismo, triste socialdemocracia, impotente reformismo. No parece que haya otro espacio social donde puedan reunirse, asumiendo las antiguas y maltrechas banderas, condiciones objetivas y subjetivas capaces de movilizar las masas del futuro y de variar el rumbo histórico, suicida rumbo. Capaces de repolitizar una política, la de la actual izquierda occidental, sólo posible por la despolitización desencantada y generadora ella misma de tasas de despolitización cada vez mayores. Parece inútil insistir, en estos momentos, sobre la importancia y gravedad, sobre la inapelable urgencia de la reflexión sobre ese nuevo "qué hacer". Algo muy distinto, en todo caso, de las mercaderías, tan averiadas como consensuales, que hoy se nos vende en cada vez más arcaicas tiendas.

Incitar a la reflexión sobre todo esto no es uno de los menores méritos de este libro. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

CULTURA A LA CONTRA

De niños y mayores

NO creo, y nunca he creído, en la división natural de la especie humana en grupos opuestos, sean sexuales o generacionales, que se hayan de pelear en una especie de lucha similar a la llamada "lucha de clases". Concretando: el conflicto generacional —o el sexual, pero es el otro el que me ocupa ahora— me parece uno de esos inventos destinados tan sólo a dividir más y en más grupos contrapuestos a los humanos, para ser más fácilmente dominados por un grupito reducido y listísimo. Se crean barreras sin cesar, y ésta es una de ellas. Ahora bien: no por ser imaginarias dejan las etiquetas —"jóvenes", "viejos", "mujeres", "hombres", "homosexuales"...— que nos ponen de cumplir su función definiendo, delimitando y separando: los inventos funcionan bastante bien, y en buen acuerdo con quienes los crean y utilizan. Al igual que los no menos inventados dioses, los adjetivos que nos definen y separan funcionan porque creemos en ellos. Así, los mayores se creen realmente grandes, y los menores, realmente pequeños. Y juegan el juego que les han impuesto, asumen sus papeles hasta que éstos cambian, los niños se convierten en mayores y éstos en ancianos o en cadáveres: y los ex niños se pelearán con sus hijos —o, lo que es peor, tratarán de comprenderlos, de rebajarlos aún más con la comprensión, tratando de juzgar a seres vivos de acuerdo con las medidas del cadáver de su propia infancia o juventud—, perpetuando el pesadísimo y reiterativo "conflicto generacional".

Tal división entre generaciones, entre chicos y grandes, se expresa y fomenta desde todos los medios de comunicación, desde la publicidad —reflejo del modelo de realidad que se nos quiere imponer— hasta la prensa y la cultura. Se nos impulsa, por un lado, a ser adultos —esto es, a asumir las responsabilidades y tareas que se han asignado a los adultos— y por otro a ser juveniles, alegres y alocados, que es lo que se nos cuenta que son los jóvenes. Se nos impulsa a preocuparnos y a no preocuparnos, se nos hace oscilar continuamente entre la sumisión del oficinista y la controladísima rebeldía del cantante de rock. Mensajes contradictorios sólo en apariencia, por-

que tienden a un fin común: hacer que los humanos jueguen como se les ha impuesto.

Hay que negar al adulto, hacer uso del derecho que utilizó Peter Pan y negarse a "crecer", porque crecer es aceptar un sistema de valores determinado que no nos conviene para nada. Pero quien esto haga, debe tener cuidado, y no quedarse en una falsa infancia. Quien mata al adulto mata también al niño. Ambos son valores ficticios, sin nada que ver con la vida verdadera: la solución no consiste en refugiarse en el opio de la falsa infancia mantenida artificialmente, en quedarse extasiado delante de los "jóvenes", admirándolos por el solo hecho de serlo. Son verdaderamente atractivos, algunas de las características que se atribuyen a los "jóvenes" en nuestra cultura: son delincuentes, asociales, drogadictos, enemigos del orden y de las buenas maneras, románticos, en una palabra. Por eso, muchos caen en la trampa de imitar ese modelo, sin darse cuenta de que es tan falso como el que rechazan; así hacen esas viejas que se pintan de colorines, como cadáveres maquillados, o esos ancianos que ciñen sus delgadas carnes en vaqueros ajustadísimos. Habría que intentar, a falta de otra cosa mejor, ser simplemente humanos, por el momento.

Ultimamente, según la prensa, el joven está lleno de maldad. Y ya no sólo el joven, sino también los niños, que por lo visto, desde los once o doce años, se dedican a robar, matar y violar, mientras se fuman porros enormes y se inyectan cantidades ingentes de heroína en sus bracitos frágiles, que conservan, sin embargo, fuerza suficiente para sujetar navajas. Peter Pan, en su faceta más salvaje y menos tierna, se ha hecho realidad en nuestros parques, y asalta en sus frondosidades a todos los capitanes Garfio que son los adultos. Adultos que, como en el caso de Garfio, reprimen, traicionan y castigan, impulsados un poco por la envidia, por la rabia que les da el no poder ser también ellos como niños: desde su reino imaginario de poder y responsabilidad, recuerdan también otro reino no menos imaginario: el reino de la omnipotencia del deseo. ■ EDUARDO HARO IBARS.